

V. Blasco Ibáñez
Los inventos
(*Sudamérica* [Lima], nº 37, 31-8-1918)

La verdadera originalidad de la especie humana reside en los hombres que arrancan verdades al misterio de la naturaleza.

Los héroes de la guerra que llenan nuestra historia no representan una excepción a favor de la humanidad. Todas las fieras son tan ciegas y tan valerosas como el más célebre guerrero. Cuando se quiere honrar a un soldado se le compara con un animal y se le llama león.

Las bestias feroces que marchan en manada a la conquista del alimento tienen conductores que son a modo de gobernantes o grandes capitanes, y dirigen sus tropas con tanto éxito como Napoleón o Moltke.

El amor a la belleza no es tampoco un privilegio nuestro. Los animales admiran la hermosura. Las hembras, que son siempre las feas y pobres en el mundo irracional, admiran al macho soberbio adornado con melenas o brillantes plumas. Las mariposas hacen temblar en el espacio las más extraordinarias combinaciones de los colores del iris. El ruiseñor canta el fresco silencio de la noche como un poeta.

Pero nadie en el mundo crea ni inventa más que el hombre.

El inventor es el semidiós, el demiurgo moderno, el único inspirado que se pone en contacto con ese inmenso misterio que nos rodea, misterio del que salimos al venir al mundo y nos aguarda más allá de la muerte.

Se comprende la emoción profunda y silenciosa de Pasteur inclinado sobre el ocular del microscopio, al descubrir un mundo nuevo infinito: el de los microbios.

Se adivina el religioso pavor de Edison al hallarse frente a frente, por primera vez, con sus propios descubrimientos. Es el miedo y la sorpresa del caminante que interroga a la misteriosa Esfinge con desaliento o con escepticismo, y oye que esta le responde.

¡Descubrir una verdad nueva; ser el único que la conoce en el instante antes de comunicarla al mundo, llevándose el inútil secreto!

¡Qué emoción!

Edison ha contado sus impresiones al realizar el descubrimiento que más aprecia: el fonógrafo.

Cuando habló el aparato que acababa de perfeccionar después de muchas tentativas y estudios y oyó su propia voz que le contestaba, fue tal la impresión, que cayó en un diván; así permaneció mucho tiempo con los labios cerrados, espantado del prodigio, dudando de él, no atreviéndose a repetir la prueba.